





## Amarilla

Martina juega con su nueva amiga mientras todos duermen. Hace días que encontró a la pequeña hada durmiendo en su casita de muñecas. Al principio le pareció que era una muñequilla nueva que su madre le había regalado, por sorpresa, para su cumpleaños. La estuvo observando un rato largo porque le parecía preciosa. Quizás demasiado amarilla para su gusto, pero bellísima.

–¡Ahhh! –bostezó la muñeca mientras se desperezaba.

–¡Eres de verdad! –dijo Martina dando un brinco de sorpresa.

–Pues claro. Soy Amarilla, tu hada madrina.

Martina no se podía creer lo que estaba viendo y oyendo. Conocer a su hada madrina era su deseo favorito. Lo decidió el mismo día que su madre le leyó el cuento de la Cenicienta, cuando tenía tres años. Desde entonces, cada noche antes de irse a la cama, se repetía en voz baja y con los ojos cerrados:

–¡Quiero que venga mi hada madrina, por favor, por favor!

Martina pedía a sus padres todos los días que le explicaran historias sobre las hadas. En la biblioteca la ayudaban a buscar libros sobre estas, que le leían mientras ella escuchaba con mucha atención.



Desde que Martina sabe leer, pasa mucho tiempo sumergida en el mundo de las hadas. Relee sus libros una y otra vez y también ha aprendido a navegar por Internet para informarse de todo lo referente a las ninfas. Sabe tanto sobre ellas que a veces juega a soñar que vive en su mundo y es una de ellas.

Martina descubrió en sus investigaciones que todos tenemos nuestra hada madrina, aunque no siempre la podemos ver. Es una especie de guardiana que nos protege y nos ayuda a crecer. Pero también se enteró de que las hadas solo se dejan ver cuando quieren.

—¿Es que no estás contenta de verme? —dijo la pequeña hada con una amplia sonrisa soplando con suavidad el cabello de Martina.

—¡Ay, madre, debo de estar soñando! —dijo Martina tirándose de las trenzas un poco fuerte.

–De sueño, nada, monada. Soy tan real como la vida misma –explicó Amarilla con dificultad, pues se había llenado la boca con las chucherías que le habían sobrado a Martina de su fiesta de cumpleaños.

Martina, de un zarpazo, le quitó la bolsa de golosinas y le dijo enfadada:

–No puedes comerte las cosas de los demás sin pedir permiso.

–Ja, ja, eso lo dirás tú –rio el hada–. Tú tampoco pediste permiso a tus amigos para coger de sus bolsas de sorpresa las chuches que más te gustan.

Martina enrojeció de vergüenza. Era cierto que, mientras los demás niños jugaban, había ido cogiendo las esponjas de fresa cubiertas de azúcar que tanto le gustaban y guardándoselas en el bolsillo.

–¿Y cómo sabes eso? –preguntó Martina avergonzada.

–Tener un hada madrina tiene esa dificultad, no puedes ocultar nada.

–¿Es que tú estabas en mi fiesta de cumpleaños? –preguntó sorprendida.

–Pues claro. Soy tu regalo de los siete años.

Aunque Martina había investigado mucho sobre las ninfas, Amarilla era bastante diferente a las ilustraciones que había visto en los libros. Sabía que podían tener el aspecto que quisieran y transformarlo a su antojo, pero nunca pensó que pudieran cambiar de color. Y es que su hada era completamente de color amarillo, aunque, eso sí, de distintas tonalidades.

–¡Ostras! ¿Me estás diciendo que los sueños se pueden hacer realidad?

–Por supuesto. La prueba es que estoy aquí.

–¿Y por qué has tardado tanto en venir?

–Solo hace cuatro años que formulaste tu de-

seo. Hay quien pasa toda su vida esforzándose para conseguirlo.

Martina se quedó pensativa. No sabía cuánto tiempo suponía toda una vida, pero por algún motivo se acordó de su abuela Inés, que siempre le decía que hacía falta una vida entera para llegar a hacer realidad los sueños.

Seguro que una vida entera era muy larga, porque su abuela tenía ochenta años y en la cara tantas arrugas que recordaban los mapas con los que trabajaba su padre.

—¿Te vas a quedar conmigo para siempre?  
—preguntó Martina.

—¡Pues claro! Para eso he venido.

—¿Y qué se hace con un hada madrina? —quiso saber Martina.

—Mujer, nada especial. Por ejemplo, compartir tus cosas, ser amigas y confiar la una en la otra.



–La verdad es que no sé si sabré –aclaró Martina inquieta.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Amarilla–. En tu fiesta de cumpleaños había muchos niños y niñas, ¿por qué no vas a poder ser amiga mía?

–En realidad no eran mis amigos. El único amigo era Leo. Los demás son mis primos y algunas de las hijas de las amigas de mi madre.

–Ah, entiendo. Pero no te preocupes, aprenderás a ser amiga de tus amigos.

Martina se quedó callada un ratito antes de preguntarle a Amarilla lo que le preocupaba. En el fondo la posibilidad de que todos sus deseos se cumplieran le asustaba un poco.

–Pero ¿tú me ayudarás? –se atrevió a decir al fin.

–No lo dudes. A partir de ahora pide lo que quieras y lo conseguirás.

–Pero... ¡yo no te he pedido más amigos!  
–protestó Martina, que tenía otros deseos más importantes como, por ejemplo, una montaña gigante de regaliz cubierta de azúcar.

–Eso es lo que tú crees. Hay muchas maneras de pedir las cosas. A veces hay deseos que no sabemos que tenemos y que hay que descubrir.

Martina, que no entendía nada de lo que decía Amarilla, se puso a comer chucherías mientras miraba divertida al hada.